

¿Errores constructivos en El Escorial?

Juan HERNÁNDEZ FERRERO
Patrimonio Nacional
Madrid

- I. Introducción.**
- II. Consideraciones previas.**
- III. Comentarios sobre elementos constructivos.**
 - 3.1. *La Madera.*
 - 3.2. *El Hierro.*
 - 3.3. *La Piedra.*
 - 3.4. *Las Fisuras.*

I. INTRODUCCIÓN

Debo comenzar mi intervención con algunas palabras de agradecimiento y salutación.

En primer lugar, dirijo mi gratitud al Centro de Estudios Superiores del Escorial y en especial, al director de este Simposium, el P. Javier Campos Fernández de Sevilla, que desde hace más de un año trabaja en la organización de este encuentro, y quien, amigo mío desde hace tiempo, tuvo la amabilidad de incluirme entre los ponentes, representando a mi organismo, el Patrimonio Nacional.

Doy las gracias igualmente a cuantos intervienen en estas reuniones a ambos lados de la tribuna, es decir, ponentes y asistentes y formulo mi mejores votos por esta organización que lleva el nombre de la reina María Cristina, bisabuela de nuestro rey, Juan Carlos I, cuya regencia ha sido revisada recientemente desde el punto de vista histórico-cultural en un esfuerzo de análisis de la figura, de la vida y de la obra de una reina regente durante un período político ciertamente complicado.

Decía que fue el P. Javier Campos quien hace un año me propuso esta intervención, repito, a un año vista, pero con la premura de dictarle el título o tema de mi charla sin más posibilidad o tiempo de elección que el breve espacio, apenas dos o tres minutos, de una llamada telefónica. Así, «con la pistola en el pecho», le sugerí el título de «errores constructivos en El Escorial», con el ruego de que encerrase dicho título entre interrogaciones, que respondían al deseo de suavizar, paliar, incluso contradecir, la materia de la que se trata, en la medida en que no quisiera incurrir en el error de fondo que voy a denunciar, y que es tan común cuando nos adentramos en la historia,

que, creyendo tan próxima, se remonta como en este caso cuatro siglos atrás.

Me refiero a ese defecto tan común en el que con frecuencia caemos quienes nos interesamos en cuestiones de carácter histórico que se ha dado en llamar el «presentismo», que podría definirse como el método, casi siempre equivocado, de analizar los hechos de antaño con los criterios de hoy.

Hace muchos años que oí de labios de un excelente investigador de materias escorialenses, polémico y discutido en algunas de sus afirmaciones, que era imposible comprender bien a una persona sin asumir plenamente su lugar y su ejecutoria, «sin calzar sus mocasines durante muchas lunas», como él decía parafraseando a no se qué tribu de los indios norteamericanos.

Estoy refiriéndome al profesor René Taylor, ya fallecido, con el que intimité y con quién paseé tantas y tantas veces el querido monasterio y sus alrededores. René Taylor se cuidaba mucho, como buen historiador que era, de conocer los métodos de investigación para adentrarse en los siglos de la Edad Moderna, y hasta tal punto era celoso de esta exclusividad que, cuando se le preguntaba sobre cuestiones de historia del arte fuera de los siglos xv al xviii, declinaba dar su opinión porque decía que no estaba preparado para ello, cuando apenas se reconocía un simple «aficionado» en materias de Moderna que constituirían su especialidad.

Este ejemplo, que admiro, de resistirse a entrar por falta de per trechos metodológicos y conceptuales en épocas fuera de las consideradas como propias de la especialidad de cada uno, lo he encontrado igualmente en otros historiadores de gran fuste que hoy constituyen el mejor elenco de mis maestros en cuestiones históricas como las que ahora nos ocupan. Por ello, debo llamar en primer lugar la atención del peligro de abordar, siquiera superficialmente como hoy voy a hacer, el asunto de posibles errores constructivos en el Monasterio del Escorial con criterios de construcción absolutamente actuales. No es ésta mi intención ni mi deseo. Sería tanto como profundizar de manera absurda, injusta y ligera en una materia que merece cuando menos un enorme respeto. Lo que sí haré será glosar algunos aspectos constructivos del monasterio que a nuestras generaciones, en los últimos cincuenta años, nos han dado más que pensar o nos han obligado a más intervenciones de conservación. En esa línea es en la que voy a desarrollar esta charla.

II. CONSIDERACIONES PREVIAS

El Escorial es uno de nuestros monumentos capitales que menos ha sufrido en sus cuatro siglos de historia y eso hace que la contemplación de su general fisonomía, sus volúmenes y proporciones, y con ciertos matices, sus colores, nos ofrezca un aspecto muy parecido al que podría apreciar un viajero del siglo xvii o del xviii.

En efecto, para tan larga vida, ahí está hoy el monasterio pleno de fuerza, de actividad, de voz y de palpitations, cuando muchos otros edificios de parecida edad han alterado sustancialmente su fisonomía, se han deformado o estropeado, son una ruina romántica, o sencillamente han pasado al mundo de la memoria y de los recuerdos.

Debemos pues felicitarnos por el hecho de que nuestro actual Escorial sea prácticamente lo que fue el Escorial original, y muchas o casi todas sus soluciones constructivas respondan a la época de fundación, por lo que el análisis de las mismas puede tener un notable valor y una gran veracidad.

La segunda consideración previa es el hecho de que El Escorial fue en su momento un edificio magníficamente construido, modelo en su género, donde se citaron los mejores especialistas y artesanos para dar vida, en apenas poco más de 20 años, al coloso que hoy contemplamos. Por ello, y vuelvo al principio de mis palabras, no estaría carente de osadía el título de mi charla si no lo hubiera suavizado con los interrogantes, porque pienso que hablar de errores constructivos en El Escorial, al igual que en muchos de nuestros palacios, conventos y catedrales pudiera ser sencillamente un empeño vano y mal enfocado.

En otras palabras, no hay errores constructivos en El Escorial, y menos desde la perspectiva de los modos de construcción actuales. Debo dejar clara esta opinión antes de pasar a comentar algunas de las cuestiones constructivas que han despertado más comentarios en los últimos decenios.

III. COMENTARIOS SOBRE ELEMENTOS CONSTRUCTIVOS

3.1. *La madera*

Probablemente la cuestión escurialense más debatida en lo que se refiere a determinados aspectos constructivos en el monasterio es la

de su estructura leñosa resistente, es decir, su estructura de madera en forjados y cubiertas.

Como es sabido, el edificio está construido con muros y bóvedas de piedra, pero, en buena parte de sus aposentos, el piso horizontal se resuelve con forjado de madera de luces variables. Con el mismo material solucionó Herrera las pendientes de cubierta y los chapiteles.

Era esta una cuestión que a lo largo de tres siglos y medio, y dejando a un lado su vulnerabilidad ante el fuego, apenas había levantado, que yo sepa, más comentarios. No he conseguido acopiar documentos sobre la existencia de termitas entre los siglos XVII y XIX pero estoy convencido que este problema tuvo que existir, aunque yo no haya conseguido documentarlo, en la primera mitad de la vida del monasterio.

Sin embargo, cuando este asunto sale plenamente a la luz y es objeto de polémica, preocupación y solución (por cierto muy debatida), es con motivo de las obras del IV Centenario de la Primera Piedra, que tuvo lugar en torno a los años 1963-65.

Han pasado ya casi cuarenta años desde aquella operación, no completa afortunadamente, pero casi total, mediante la cual se llevó a cabo una sustitución masiva de la estructura de cubiertas, originalmente en madera, por elementos metálicos de perfiles laminados.

La operación fue rapidísima, inicialmente aplaudida y después severamente criticada, pero a cuatro decenios de distancia habría que hacer algunas reflexiones sobre aquella obra.

En primer lugar, hay que constatar que había una base cierta que justificaba una preocupación y una actuación: las estructuras de par y nudillo de las cubiertas escurialenses, abundantes en sus escuadrías, abundantes en volumen y en número de sus elementos, estaban dañadas por la termita y eventualmente por el hongo en muchas de sus zonas. Sin embargo, a tenor de lo que yo he podido hablar y comentar con algunas de las personas que participaron en aquella intervención restauradora, parece que el mal estaba localizado y no tenía la extensión casi total que sirvió de base para la sustitución generalizada.

Probablemente mis antecesores en el gobierno técnico de los edificios del Patrimonio Nacional, y no digamos los dirigentes políticos del citado organismo, se preocuparon excesivamente y optaron por desencadenar una operación de gran alcance. Por supuesto que lo

que se centraba inicialmente sobre una sustitución de elementos leñosos resistentes, arrastraba de manera inevitable a la sustitución del entablado, de la pizarra, de los plomos y de multitud de elementos de remate. De aquella obra rápida, extensa, decidida y que ahora comentaremos, nos queda el recuerdo, el resultado y una escasez llamativa de imágenes. Apenas existen fotografías, los planos que se utilizaron para el proyecto fueron escasos para una obra de cierta envergadura, y la operación, en tanto que rápida y eficaz, apenas levantó críticas, sino parabienes.

Lo peor llegó veinte años después, a mediados de los ochenta, cuando se dejó de hablar de eficacia y se habló de nervios y de precipitación; cuando se dejó de hablar de acierto y se habló de disparate; cuando se dejó de hablar de terapia apropiada y se habló de cirugía salvaje; cuando se dejó de hablar de salvamento «in extremis» para hablar de error conceptual y material. En suma, el IV Centenario de la Última Piedra vino a denostar con dureza alguna de las actuaciones del IV Centenario de la Primera Piedra. Pero todo este proceso tiene su explicación, y confieso mi postura de comprensión y de indulgencia ante ambas caras de la misma moneda.

En aquellos veintitantos años que mediaban entre 1963-65 y 1984-87 las cosas habían cambiado sustancialmente en El Escorial y en España entera, en la opinión pública, en la crítica de arquitectura y en los conceptos de restauración y conservación. En aquellos veintitantos años se fundían el fin de una época y el comienzo de otra diferente, y eso explica a su vez el paso del aplauso al denuesto, de la admiración al reproche, y todo ello justifica el porqué de que las cosas fueran así y no de otra manera.

Era cierto, certísimo, que la estructura de pino estaba dañada de manera parcial y que aquello, en un momento tan simbólico del Escorial y de un Consejo de Administración del Patrimonio Nacional tan poderoso, desencadenó una actuación excesiva. Hubiera sido preferible una actuación más meditada, con una selección previa de las piezas o zonas dañadas, y con un criterio de conservación del material, la madera, que predominase sobre el criterio de sustitución generalizada por el hierro laminado.

He tenido la oportunidad de oír por boca de técnicos y operarios de aquella obra la cantidad de madera en buen estado, de pizarra y de plomo que se desaprovechó en esta operación.

También cabría pensar que una solución de tratamiento químico hubiera aliviado el problema, pero esto no sería sino una consideración «a toro pasado» que carece de utilidad y está sobrada de crueldad. Habrá que convenir que el equipo que llevó a cabo aquella operación actuó con su mejor voluntad, con los conocimientos de que disponía y con lo que en aquellos momentos les ofrecía la industria de la construcción y la teoría de la restauración imperante.

Lo más llamativo de todo es que mucha gente criticaba el «defecto constructivo» de las cubiertas de madera, ignorando que una madera bien conservada y tratada puede ser tanto o más duradera que el acero laminado. Siempre me he preguntado en qué estado se encontrarán la Torre Eiffel, el Golden Gate o el Puente de Brooklyn dentro de tres o cuatro siglos.

3.2. *El hierro*

La vecindad del hierro y la piedra, su íntima convivencia, es otro de los «errores constructivos» que se suelen imputar al Escorial, y de nuevo, como vamos a ver, la atribución de tal error es plenamente infundada. Deberíamos ser más indulgentes en estas críticas fáciles hacia nuestros maestros de los siglos pasados.

Cualquiera que pasee por El Escorial y sus alrededores y lo haga con calma y ánimo curioso advertirá el daño casi generalizado que las rejas de hierro de las ventanas han producido en los recercados de piedra, especialmente en la pieza baja del hueco, o alféizar. Las imágenes que acompañan estas palabras son suficientemente elocuentes para apreciar el daño producido por la dilatación que comporta la oxidación del hierro. En ocasiones, la pieza de vierteaguas está fisurada y otras ocasiones dañada, con pérdida de volumen o a punto de desprenderse. Es un caso más, tan típico, del daño que la combinación de agua y tiempo, intemperie, causa en la arquitectura. Muchas veces he oído calificar a este mal como «error constructivo de origen», pero debemos preguntarnos si no estaremos de nuevo ante una crítica severa y llena de ligereza.

El cometido de un vierteaguas es, como su propio nombre indica, el de verter el agua, el impedir su estancamiento, el desalojarla lo más rápidamente posible. Estoy convencido que los aparejadores del Escorial conocían este problema de la dilatación del hierro oxidado, y en primera instancia, confiaban la tolerancia del movimiento a la

relativa elasticidad del plomo con que retacaban este tipo de juntas. Quizás desconocían que 400 años después de instalar estas ventanillas, sus rejas y sus guarniciones permanecerían allá, en el mismo lugar, desafiando el paso del tiempo. Por eso pienso que más que un error constructivo de ellos, el error radica en nosotros, quienes decenios y siglos después debemos conservar estas construcciones y no lo hacemos con el cariño y la profesionalidad que nos deberíamos exigir a nosotros mismos.

3.3. *La piedra*

Otro ataque parecido del agua y del tiempo, que normalmente reputamos de error constructivo, es la desprotección de los guardapolvos. El asunto tiene en mi opinión gran calado, porque, aunque en El Escorial el caso más significativo es el deterioro de la cornisa del Patio de los Evangelistas, al que enseguida nos referiremos, atañe nada menos que al papel de la piedra como elemento de cubierta. ¿Podremos hoy poner en duda tal papel? Yo creo que sí, y los resultados están a la vista y avalados por la experiencia. Me explicaré.

Existen centenares, miles, de monumentos que confían a la piedra la impermeabilidad y protección de sus cubiertas desde tiempos inmemoriales.

Lo mismo sucede hoy en multitud de terrazas y azoteas, de manera que en, principio, no se puede descalificar a la piedra como elemento de cubrición, pero esta afirmación necesita ser matizada de forma inmediata.

El problema, más que en la propia naturaleza de la piedra, radica en el tipo de juntas que se dispongan en la cubierta, y así podemos ver el buen resultado que da una cubierta pétreo de escamas, como puede ser la Catedral de Ávila, la de Zamora o la Capilla de los Saldaña, en Santa Clara de Tordesillas, y el muy dudoso resultado de las experiencias con juntas a tope. Nosotros en muchos de nuestros monumentos patrimoniales sabemos algo de esto, y sin ir más lejos, el problema lo tenemos en el propio Palacio Real de Madrid, en cuyas alas laterales, que conforman el Patio de la Armería, de época isabelina, existe esta cuestión.

En efecto, se trata de dos alas planeadas con una cubierta de piedra de muy baja pendiente y con juntas a tope. Las humedades sur-

gieron desde primera hora, y desde primera hora se estableció otra cubierta de plomo sobre la piedra para garantizar la impermeabilidad.

Esto, que sucedía hace unos 140 años, es la mejor prueba de lo que podría hoy llamarse un «error constructivo», una decisión equivocada, al tener que establecer un remedio suplementario cuando la obra estaba recientemente acabada.

La traslación de este problema al Escorial es relativa, pues en nuestro monasterio no existiría este caso de cubierta plana de piedra. Sabido es que las cubiertas del Escorial son de pizarra (piedra al fin y al cabo, pero en lajas solapadas y, por tanto, con solución asimilable a la de escamas), pero, sin embargo, las cornisas y guardapolvos en piedra no protegida, a lo largo de cuatro siglos, han sufrido considerablemente. Este es el caso de las cornisas en el Patio de los Evangelistas, que se nos presenta como uno de los ejemplos más relevantes de cuanto estoy exponiendo.

Se trata de una cornisa con un saliente de tamaño moderado que no se planteó inicialmente protegida. La lluvia, a lo largo del tiempo, determina un ataque inexorable contra los faldespantos del granito, abriendo un proceso de «caolinización» que confiamos en haber frenado durante los últimos decenios. En las imágenes que acompañan a este texto podemos ver cómo la erosión que ha sufrido este granito ha ido borrando la rica molduración de la cornisa de este patio, y en su momento, no hubo más remedio que proceder a la protección con plancha de plomo de esta línea tan atacada por la intemperie.

Los ejemplos que pudieran encontrarse en el monasterio serían numerosos, pero me parece que éste del Patio de los Evangelistas es el más significativo de cuanto digo por la propia calidad y situación de la pieza dañada.

La pregunta sería si estamos ante un error constructivo de base, o si en el siglo XVI, por contra, se desconocía el proceso de deterioro centenario de la piedra expuesta a tal situación. Yo me inclino por lo segundo.

Este problema del deterioro de la piedra no siempre se debe al ataque directo del agua, sino simplemente al azote del viento quien, en función de la situación de la pieza expuesta, puede acelerar en mayor o menor medida el proceso de «arenización» de las superficies, incluso estando parcialmente protegidas.

Este fenómeno se aprecia con claridad en nuestro monasterio, y paseando por sus fachadas y por sus ámbitos interiores se puede ver la enorme diferencia del comportamiento del granito ante la erosión en las fachadas exteriores y las interiores, más protegidas, por no hablar de los alzados del interior de habitaciones o basílica que presentan un excelente aspecto. En este sentido, las partes más afectadas serían las más expuestas, tales como torres, pináculos o chimeneas, a la acción del agua y del viento.

La agresión de la intemperie en la piedra es muy singular en algunas zonas, presuntamente protegidas, pero en realidad más expuestas al ataque del agua de lo que inicialmente cabría esperar.

Me refiero naturalmente a las escaleras y muros del gran bancal constituido por el Jardín de los Frailes en el flanco sur y la esquina sudeste del monasterio. Hay que empezar diciendo, respecto de esta gran plataforma horizontal del jardín, que se trata de una superficie artificial en la medida en que, al estar construido el monasterio sobre una superficie en pendiente, la futura construcción requería de plataformas horizontales circundantes muy estables, que eran naturales en la zona de desmonte (flancos norte y oeste) y artificiales en el resto (flancos sur y oriental).

Por tanto, la fachada sur se asienta sobre un bancal artificial de relleno, esto es, el nivel del Jardín de los Frailes, formado por tierras contenidas por un muro pétreo que salva el desnivel del jardín hasta la huerta. Pues bien, esa enorme masa de tierras contenida por ese muro, con riego frecuente por su naturaleza ajardinada, no tiene resuelta la impermeabilización ni del muro de la huerta ni de las escaleras, por lo que ambas estructuras han sufrido particularmente la acción del agua y del tiempo.

Sin embargo, no me parece que esto sea un «error constructivo» como tantas veces he oído. ¿Qué podría hacer Juan Bautista de Toledo en este caso, allá por 1564-1565, cuando apenas se conocían los impermeabilizantes, cuando tan sólo modestos calfateados se aplicaban en la nascente industria naval? Juan Bautista y sus seguidores hicieron lo que pudieron, hasta el punto de dejar «sudar» el muro de la mejor manera posible, como vemos en estas imágenes, con los desagües que en el siglo XVI se dejaron previstos.

Ahondando en este asunto de las cubiertas de piedra deberíamos nombrar, al menos de pasada, la cubierta circular de las torres y de la basílica, en las que la propia estructura portante se configura como

cubierta sin tener otra epidermis que la proteja del exterior. Hoy no hubiéramos hecho esta solución en piedra, sino en algún otro material más ligero, recubierto finalmente con pizarra, si la forma lo permitiera, o con plomo.

Herrera, sin embargo, dispuso las cúpulas de otra manera. La principal, la de la basílica tiene nervaduras que se manifiestan con claridad, nervaduras que se suavizan en el Templete de los Evangelistas y que desaparecen en las cúpulas de las torres. Todo es sensibilidad en El Escorial, y esto nos llevaría por caminos interesantísimos al comentar la «estereotomía al servicio del diseño y de la finura arquitectónica», pero no quisiera derivar fuera de nuestro asunto, que es el compromiso de la piedra como material desnudo de cubrición y los problemas que eventualmente pudiera presentar. Este punto será sin duda un desafío para los próximos decenios: la protección garantizada de estas cubiertas pétreas, semicirculares, sin materiales densos superpuestos que alteren su color ni su fisonomía. Confieso que ignoro cuál será el rumbo de la conservación de las cúpulas escurialenses, pero lo cierto es que es un asunto para el futuro inmediato.

Hace diez años aproximadamente que el Patrimonio Nacional publicó un interesante opúsculo titulado *Juan de Herrera y El Escorial*, del que era autor el inglés John Bury. En edición muy revisada y aumentada, Bury insistía en algunas ideas que él ya había publicado anteriormente en la revista *Goya* sobre el papel de Herrera en El Escorial, su formación inicial y muchas más cosas muy interesantes sobre la fábrica y su plataforma histórica del siglo XVI. Pero me interesa glosar algunos párrafos que mi querido y admirado amigo Bury dedicaba a la portada oeste del monasterio.

En la página 35 del citado libro, el autor habla de que la «segunda planta jónica no tiene relación estructural ni funcional con la biblioteca alta o ático, y existen problemas crónicos de humedades, debidas a la condensación y acumulación de agua en el estrecho espacio existente entre el reverso del frontispicio y la cubierta que hay detrás de él, y también detrás de las pirámides laterales».

Estamos ante un caso parecido a los anteriores, en que en determinado momento, la piedra vertical de fachada pasa a ser cubierta, y en una afilada lima-hoya comienza a dar problemas de humedades.

Aun reconociendo la realidad y el problema de humedades que se producen en estos lugares de difíciles encuentros de arquitecturas complicadas, no me parece que esto sea un defecto constructivo, co-

mo tantas veces he oído. Se podría argumentar que el problema está hoy resuelto por las piezas de plomo que solucionan esos puntos difíciles, pero creo que el problema conceptual no está ahí, sino en el método crítico que se emplea para juzgar este tipo de cuestiones cuando han pasado cuatrocientos años.

En cualquier caso, y ante episodios como estos que comentamos, deberíamos pensar que los males que han podido afectar en cuatro siglos a una determinada estructura o elemento constructivo se deben más, con toda probabilidad, a un defecto de mantenimiento que a un defecto conceptual «ab initio».

Esta es la tesis que vengo sosteniendo a lo largo de esta charla, cuya casuística no quisiera alargar mucho más por razones de espacio y tiempo. Sin embargo, no me resisto a comentar, siquiera de pasada, otro episodio que tantas y tantas veces he oído calificar como «error constructivo» en la fábrica escorialense.

3.4. *Las fisuras*

Me refiero al diseño de los arcos de la basílica, y en general, a todos los arcos de medio punto del monasterio, pero hablaré de los de la basílica por ser dichos arcos el elemento constructivo donde mejor se aprecia lo que voy a relatar.

Cualquiera que observe los arcos de la basílica del Escorial, tanto los fajones como los formeros, tanto si los observa desde el nivel de basílica como desde el nivel del coro, o desde algún otro punto de vista más próximo, notará que están fisurados. Todos los arcos semicirculares tienen fisuras en sus dovelas, algunas de carácter no menor, que cruzan varias piezas o sillares marcando con claridad la línea de fractura. Se trata, a mi juicio, de fisuras que debieron aparecer en la fase inicial de la vida del monumento, muy estabilizadas, y que no entrañan peligro de aumento ni de movimiento.

Es lo que los especialistas conocen como «reacomodación inicial», que supone pequeñas fisuras para la perfecta adecuación entre la estructura y el estado de cargas. Aun reconociendo la existencia de esta cuestión, que a la vista está, me parece severo, o mejor inadecuado, el juicio de esta situación como «error constructivo.»

Sabido es que, ante un estado de cargas horizontales (y permítanme recordar las nociones básicas de la Estática Gráfica), el funicular

de dichas cargas nos daría una figura no circular, sino parabólica y, por tanto, el arco para soportar dichas cargas debiera asimilarse a una línea de tal tipo. En otras palabras, el antifunicular de este estado de cargas sería parabólico, y ello hace que un arco perfectamente circular presente pequeñas zonas de tracción que originan fisuras. Esta es al menos la explicación resumida que yo he escuchado a los ingenieros y técnicos especialistas.

Pero esta explicación, muy propia de un calculista actual ¿podría ser conocida por Juan Bautista o por Herrera hace cuatro siglos? La respuesta parece evidente. Juan Bautista venía a España procedente de Nápoles y de Roma, la propia Roma donde había trabajado en la fábrica de S. Pietro, donde yo no recuerdo arcos parabólicos, sino circulares. En este punto surge, sin embargo, la contradicción. La cúpula escorialense es prácticamente semicircular, en tanto que la vaticana es apuntada, pero por su composición la forma de trabajo es diferente.

Quizás, en este punto estuvo más intuitivo el genio de Caprese, Buonarrotti, y a Juan Bautista se le pasó este detalle; o quizás, Juan Bautista tuvo en mente hacer una cúpula algo apuntada, cosa que no hizo Herrera 20 años después. En fin, todo esto sería una pura conjetura histórica, muy atractiva, pero con escaso fundamento, pues carecemos de conocimientos básicos del proceso proyectivo de estos arquitectos para llevar a cabo su correspondiente obra.

Pero no debo abusar de su benevolencia y termino esta lista que podría ser mucho más larga, con una reflexión que viene a insistir sobre lo ya apuntado en los comienzos de esta charla, y que se resumiría de la siguiente manera: Si vamos a denunciar defectos constructivos o errores constructivos en un monumento cuatro veces centenario, El Escorial en nuestro caso, provistos de criterios, soluciones y esquemas constructivos plenamente actuales, debo decir que el empeño me parece pretencioso, carente de sentido o finalmente, equivocado, por tratarse de un caso de «presentismo» histórico que a nada conduce. Otra cosa diferente es que nos apliquemos y nos exijamos al máximo para ser dignos conservadores de una herencia monumental sin alterar sus formas, su espíritu, y su mensaje estético e histórico que debe permanecer a través de los tiempos.



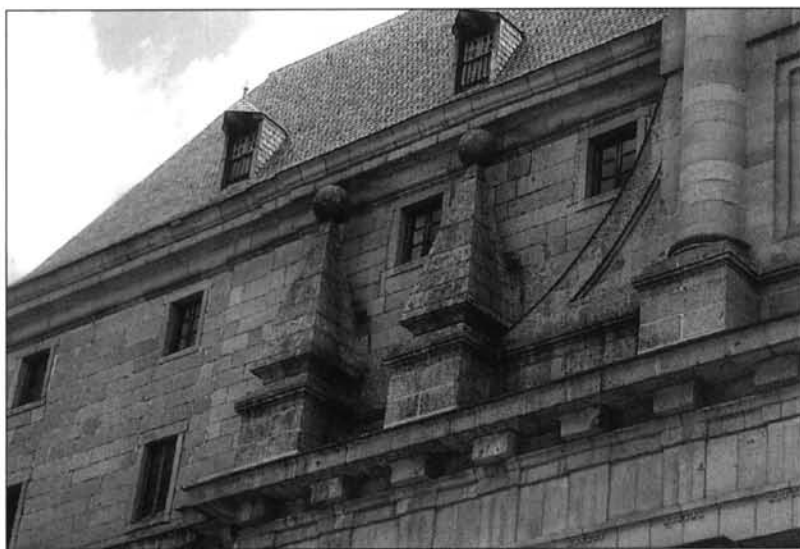
Hacia 1965 se sustituyó toda la techumbre original de madera de pino por perfiles metálicos laminados. Tan sólo queda madera de la estructura de techumbre original en una pequeña zona de la fachada del Monasterio.



Las rejas metálicas de las ventanas de los pisos bajos han producido, al oxidarse y dilatarse, roturas en alfeizares y dinteles, con pérdida de volumen, en algunos casos muy notables.



En los últimos 15 años se ha procedido a la defensa con plomo de las cornisas del Patio de Evangelistas, cuyo granito moldurado habría sufrido considerablemente por efecto del agua. También se han protegido con plomo las bases de los balaustres del templete.





Páginas 18 y 19: Los encuentros de las cubiertas de pizarra, de acusada pendiente, con los paños verticales de fachada, producen algún problema de humedades cuando el encuentro está mal resuelto. Esta cuestión es particularmente interesante en la fachada oeste, cuerpo central, donde se producen rincones con soluciones más o menos complicadas para posibilitar el desagüe.

La hidrólisis sobre los feldspatos del granito ha producido una cierta «caolización» y «arenización» en algunas zonas más expuestas a la acción del agua.



Todo el Jardín de los Frailes (fachadas sur y sudeste) tienen un sistema de desagüe mediante caceras y gárgolas. Sin embargo, la masa de tierra, rica en agua por el riego del jardín, afecta a la piedra de las escaleras y recintos abovedados que conducen al nivel inferior de la huerta.



Los forros de plomo, tanto en cornisas, como ésta del patio del palacio, como en diedros de cubiertas, requieren un mantenimiento frecuente.



Los ganchos de sujeción de pizarra realizados en acero galvanizado producen problemas de oxidación frecuentes, y son sustituidos por ganchos de acero inoxidable.

Algunas cornisas, como ésta del edificio de los «corredores del sol», patio interior, serán protegidas por forro de plomo próximamente.



Buena parte de los arcos de la basilica serán fisurados. No parece un fenómeno peligroso, ni siquiera llamativo, pero conviene tenerlo en observación.

